

PLIEGO

Vida Nueva
3.005. 1-7
OCTUBRE DE 2016

**Vestir al
desnudo**



**Lo que más
abriga es el amor**

INMA SOLER. Comunidad Villa Teresita

Millones de personas en el mundo malviven al raso, sin un techo o un vestido, víctimas de nuestra indiferencia. En el marco del Jubileo convocado por el papa Francisco, nos detenemos en otra de las obras de misericordia corporales: vestir al desnudo. Porque cuando alguien no tiene ropa o una casa ha perdido también sus derechos, su dignidad. La experiencia de la autora con drogadictos, prostitutas y tantos hermanos que sufren pobreza extrema, desprotección, olvido, enfermedad, violencia, hambre... nos deja una enseñanza: lo que más abriga es el amor.

No podemos imaginar qué es vivir a la intemperie, sentirse desnudo, ninguneado, desprotegido, expoliado. No podemos imaginar qué es gritar y que no te oigan, pasar y que no te vean, morir y que nadie te eche de menos.

Son los últimos, los invisibles, los que no cuentan “ante quien se vuelve el rostro”. Han perdido no solo la ropa, sino sus derechos, su dignidad.

Acercarse a sus vidas es tocar las llagas del Crucificado, llagas que entre todos generamos con nuestra indiferencia y colaboración con las estructuras de pecado; llagas que nos molestan porque huelen mal, porque gritan y nos desenmascaran. Adentrarse en sus vidas es pisar tierra sagrada, tocar el Misterio de la Pascua y reconocer una Presencia de Amor abrigando hasta el último rincón de la realidad más inhóspita.

En este Año de la Misericordia, el Papa nos invita a salir al encuentro del hermano necesitado a través de las obras de misericordia para despertar nuestra conciencia “aletargada ante el drama de la pobreza” y “entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina”¹.

En ellos, en los más pequeños, “su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros los reconozcamos, los toquemos y los asistamos con cuidado”² (Mt 25, 31-46).

APRENDER A MIRAR. ¿A QUIÉN? ¿CÓMO? ¿DÓNDE?

No tenía apariencia ni belleza para atraer nuestras miradas, ni aspecto que pudiésemos estimar. Despreciado

y repudiado por los hombres, varón de dolores y sabor de dolencias, ante quien se oculta el rostro.
(Is 53, 2-3)

Tu mirar los hace visibles

En la isla de Lesbos, ante el drama de miles de refugiados, el Papa alzaba la voz para “atraer la atención del mundo ante esta grave crisis humanitaria e implorar la solución de la misma”. Atraer la mirada y visibilizar. Estamos ante un drama mundial, “una Tercera Guerra Mundial a trocitos”... “Unos 800 millones de personas pasan hambre en un mundo que tiene capacidad para alimentar a toda la población de la tierra y que sobre; miles de vidas se ahogan en el Mediterráneo, que se ha convertido en el mayor cementerio del mundo; decenas de familias tienen que huir...”³.

Y a nosotros, ¿nos afectan?, ¿cómo les miramos?, ¿desde dónde? El lugar nos configura y condiciona nuestra respuesta.

“Desde el alero del Templo no se ve lo mismo que desde las cunetas de los caminos. Desde ahí se sabe que hay leprosos y apestados,



tullidos y paralizados, pero no se ven. Posiblemente se sabe que existen, pero no nos afectan... Desde el alero del Templo, desde arriba y desde el centro, se configura una imagen de Dios que justifica un modo de situarse en la vida y de relacionarse con el otro. Quizá por eso, Jesús nos señala esos otros lugares habitados por los últimos, que ponen de manifiesto nuestros centramientos y son una llamada a desplazarnos de nuestras ubicaciones vitales”⁴.

Nuestro mundo clama, grita con palabras o en silencio... El mundo está herido de amor. Hombres, mujeres y niños que viven situaciones de pobreza extrema, desprotección, olvido, enfermedad, violencia, hambre.

Una de las realidades más invisibles y sangrantes, donde se concentra la vulneración de derechos humanos, es la trata. ¿Es posible que en pleno siglo XXI siga existiendo el comercio

“Ahora tengo una nueva vida”

Yo era una mujer sin futuro, pensaba que había llegado al final de mi vida, estaba en la calle, sin casa ni papeles, sin hablar español, embarazada de siete meses y con un niño de un año, pero Dios me mandó unos ángeles. Ellas me cogieron desde el suelo y me ayudaron a ponerme de pie. Ellas cuidaron de mí y de mis hijas como si fuéramos una familia. Ahora estoy contenta porque tengo una familia aquí en España, una familia que me quiere mucho.

En la vida, cuando tú piensas que todo ha llegado al final, ahí mismo, ha empezado tu nueva vida. Ahora tengo una nueva vida y estoy muy contenta y orgullosa. Estuve viviendo en la oscuridad hasta que ellas me mostraron la luz. Rezo para que Dios les dé más fuerza, para que sigan ayudando a más personas como yo.

Joe, nigeriana



12 claves para vestir al desnudo



1. “Descalzarnos” ante el otro, pisamos tierra sagrada.
2. ¿Qué número usas? “El traje a medida”: tratar a cada uno como único.
3. No juzgar: “Meterse en el zapato del otro”
4. Ayudar a que se pongan de pie, “se vistan solos”.
5. Respetar los distintos “ropajes”, estilos, naciones, modos...
6. Ayudar a vivir en autenticidad, “no disfrazarse”.
7. Crear un “fondo de armario”, dotar de herramientas básicas para afrontar la vida.
8. “Dar la talla” como Jesús, “ponerse el delantal”.
9. Liberar de “ropajes” que oprimen.
10. “Arropar” en comunidad.
11. Compartir la ropa como si fuese de mi familia.
12. Revestir siempre con el traje del amor.

de esclavos? ¿Es posible que exista en el centro de nuestras ciudades, en la puerta de nuestras casas, en nuestro bloque y sin enterarnos?

La cuestión no es solo de análisis sociológicos, de conocer datos (muy importante para no ser ingenuos y afrontar las causas que generan pobreza y desigualdad y que abocan a miles de personas al ostracismo, a la intemperie), sino de dejar que esa realidad que clama ante nosotros nos toque y transforme nuestra vida.

CONTEMPLAR LA DESNUDEZ Y NO PASAR DE LARGO. ¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?

... Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto...
Viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y pasó de largo... Un levita, al verlo, se desvió y pasó de largo...
(Lc 10, 23-35)

Estuve desnuda...

Se llama Joy, tiene 22 años, y ejerce la prostitución en una de las calles más céntricas de Madrid. Es de Nigeria y salió de su país para ayudar a su familia (allí dejó seis hermanos más pequeños que dependen de ella; no tiene padres). Joy es una mujer valiente, atravesó África durante meses para conseguir el sueño europeo, pasó hambre, enfermedades, sufrió violaciones y vejaciones hasta alcanzar en patera las costas de Almería. Al llegar, sus sueños se rompieron: había

contraído una deuda de 50.000 euros que tendría que pagar ejerciendo la prostitución. Sintió que ya no tenía escapatoria. ¿A dónde ir? ¿Qué podría hacer? Sin hablar español, en situación administrativa irregular, atrapada por el miedo y la amenaza. “¡No quiero denunciarles!”, nos repite. ¿Y si matan a mi familia? Ella sigue ejerciendo la prostitución y sonriendo a los “clientes” (cómplices de su situación). “Cuanto antes pague la deuda, antes quedaré libre”, confía. Muchos días llora en silencio llena de rabia e impotencia... “¡Rezad por mí! ¡Solo Dios puede ayudarme!”, nos dice, cuando salimos a su encuentro desde el proyecto de calle para apoyarle y abrir junto a ella caminos de liberación. Mientras tanto, la gente pasea, va de compras, al cine... Pasan a su lado indiferentes; miran, pero no ven.

El pecado de omisión –dice el cardenal Kasper– es confesado muy pocas veces: “Ni las obras de misericordia corporales, ni en especial las espirituales, tienen que ver con la transgresión de preceptos divinos explícitos... [En la parábola] no se condena a ningún pecador que haya asesinado, robado, cometido adulterio, mentido o defraudado a otros. La condena de Jesús no afecta a los mandamientos de Dios, sino a la omisión del bien... Según esto, se puede pecar no solo actuando en contra de los mandamientos de Dios, sino también por omisión del bien, algo que, por desgracia, se tiene demasiado poco en cuenta”⁵.

Joy pone rostro al drama que viven miles de seres humanos, especialmente mujeres y niñas, comprados y vendidos como mercancía. Se habla de 2,5 millones de personas a nivel mundial, algunos hablan incluso de hasta cinco millones. Las cifras no son fiables, porque la trata sigue siendo una realidad invisible.

El mirar de Dios es amar

¿Existen para nosotros? ¿Sus nombres están grabados en nuestro corazón o solo son usuarios de un servicio, números de una estadística, noticias de un periódico?

Dios mira amando, compadeciéndose. Ya en el Génesis, ante el pecado del primer ser humano, Dios responde con un gesto de compasión: abrigar la desnudez (Gn 3, 21). Dios mira liberando, sanando. Su mirar es comprometido: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído su clamor... Voy a bajar para liberarlo” (Ex 3, 7.8). Él mira más allá de las apariencias, “porque no ve como los hombres... El Señor ve el corazón” (1 Sam 16, 7).

LO QUE MÁS ABRIGA ES EL AMOR

En este aprendizaje de aprender a mirar como Él, está en juego nuestra vida de fe: “Supongamos que entra en vuestra asamblea un hombre con un anillo de oro y un vestido espléndido; y entra también un pobre con un vestido andrajoso; y que dirigís vuestra mirada al que lleva el vestido espléndido y le decís: ‘Tú, siéntate aquí, en un buen sitio’; y, en cambio, al pobre le decís: ‘Tú, quédate ahí de pie’... Escuchad, hermanos míos queridos: ¿acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?” (Sant 2, 2-5).

Necesitamos colirios para ver (cf. Ap 3, 18). Así nos lo recuerda Dolores Aleixandre: “Nuestros ojos están acostumbrados a detenerse en lo que brilla, en lo que destaca, en lo que se ‘anuncia’ de cualquier manera, y ahora tienen que descubrir esta señal que está en la penumbra de lo pequeño y escondido”; y esta señal nos habla de desnudez: “Encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2, 12).

Su modo de mirar, su Amor, es capaz de llegar al corazón de los no amados, arropar las desnudeces y acariciar lo más profundo de aquellos que ante nosotros y nuestra sociedad no cuentan, no existen, sobran.

SALIR A LA INTEMPERIE AL ENCUENTRO DEL DESNUDO

Yo mismo buscaré mi rebaño y lo cuidaré... Buscaré a la oveja perdida, recogeré a la descarriada, vendaré las heridas, fortaleceré a la enferma.
(Ez 34, 11-16)

Descender para encontrarse. “Despojarse del manto” como Jesús

La intemperie es el lugar donde la vida está más expuesta y amenazada, donde nos encontramos con el otro en su desnudez; una desnudez que nos duele y nos desinstala, invitándonos con gritos o en silencio a iniciar un camino de descenso. Solo desde abajo nos podremos encontrar como hermanos.

La desnudez del otro pone a prueba nuestra vivencia de la fraternidad, nuestros rezos, la oración del padrenuestro. ¿Siento que es de los míos? Si esa chica que está en



“¡Me han hecho tanto daño!”

Cuando llegué aquí estaba desnuda de vestido porque no tenía ropa (llegué en patera, con lo que llevaba puesto), pero, sobre todo, estaba desnuda de afecto (no tenía a nadie), de palabra (no hablaba español)... Estaba muy asustada, porque me encerraron en el CIE y temía ser deportada. Cuando llegué no tenía fuerzas para vivir, ni para elegir un buen camino. ¡Me han hecho tanto daño! Ahora, cada día que pasa siento que me estoy vistiendo poco a poco, cada día tengo más fuerzas; ahora tengo casa, comida, cariño, estoy aprendiendo muchas cosas, me estoy preparando; ahora tengo muchas oportunidades... No dejo de dar gracias a Dios.

Gisel, camerunesa

la esquina rota, prostituida, fuera mi hermana; si ese chico que pide por la calle fuera mi hermano; si el que llega en patera fuera...; si me lo creyese y lo sintiera así de verdad, ¿reaccionaría de la misma forma? Cómo soportar la pregunta “¿dónde está tu hermano?” (Gn 4, 9).

En el camino de Jesús ninguna desnudez queda fuera. Él “se despojó de su grandeza y tomó la condición de esclavo” (Flp 2, 7). Solo podemos salir a la intemperie con Él y como Él para iniciar un camino de descenso, de despojo, de desinstalación que genere vida, que no humille al otro, que posibilite que el otro crezca. No cualquier forma de vestir al desnudo sabe a Evangelio. Su modo de amar hasta el extremo rompe todos nuestros esquemas, desde el pesebre hasta la cruz, desnudo y fuera de la ciudad:

“¿Quién vio en más estrechez gloria más plena, y a Dios como el menor de los humanos? Llorando en el pesebre, pies y manos le faja una doncella nazarena”⁶.

Jesús, la noche antes de morir, en un gesto que condensaba toda

su vida “se quitó el manto y se ciñó una toalla; echó agua en una jofaina y se puso a lavarles los pies a su discípulos, secándolos con la toalla que llevaba ceñida... Os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo...” (Jn 13, 1-20).

Donde tú vivas, viviré yo (Rut 1, 16)

Algo así resonaba en mis adentros cuando conocí el barrio chino de Valencia y, en él, la presencia de Villa Teresita. Me adentré descalzándome, de la mano de una hermana de comunidad, sabedora de que pisaba tierra sagrada, tierra de sufrimientos y cruz, tierra preñada también de Resurrección. El barrio era un gueto, un lugar que se rodea para no atravesar. Lugar de pobreza, de la que huele mal, en aquella época las calles desprendían un olor fuerte de miseria concentrada y también a impureza y pecado para cualquier “biempensante”. Mujeres de todas las edades, de labios pintados y mirada triste, que vendían su cuerpo por muy poco dinero, con historias de sufrimiento y palos a sus espaldas, hijos que mantener y dignidad

pisoteada. Personas sin hogar, en su mayoría hombres, desarraigados, sin horizontes, con el cartón de vino o la cerveza al lado. Transexuales que ejercían la prostitución de noche y se sentían seguras en aquel entorno. Chicos y chicas toxicómanos, desaliñados, deambulando como cadáveres buscando una dosis para calmarse, enfermos de sida en su mayoría (en diez años, el sida mató a casi todos los que conocía, ninguno sobrepasaba los 35), chavales que entraban y salían de la cárcel como lo más normal, como único futuro, niñas que se quedaban muy pronto embarazadas, niños que pasaban el día en la calle...

Recuerdo “mi primer beso” (al igual que el encuentro de **Francisco de Asís**): se llamaba **Nicolás**. Era un cadáver andante. Apenas llegamos a conocernos, porque murió a los pocos días. Besarle a él era besar a todos los leprosos, a todos los despreciados... “ante quienes se vuelve el rostro” (Is 53, 2-3).

Su vida y la de tantos otros iban quedando vinculadas a la mía. Entré en la comunidad de Villa Teresita. No quería estar de paso o ser voluntaria. Quería plantar allí mi vida y mi tienda. Me sentía empujada a ello.

ABRAZAR AL OTRO EN SU DESNUDEZ

Desarropados de derechos y dignidad

La desnudez del otro nos interpela. Ante la presencia del otro, se hace necesario descalzarse, “¿no sabéis que sois templo del Espíritu Santo?” (1 Cor 3, 16). La cruda realidad es que cada día son vulnerados los derechos más

elementales y pisoteada la dignidad de millones de seres humanos. Su desnudez nos denuncia. Sumergirse en el mundo de los empobrecidos es reconocer que no tenemos derechos adquiridos sobre nada ni nadie. Debemos reconocer lo recibido gratis para darlo gratis, para poner todo en juego y hacer este mundo más habitable, más humano.

Nada de lo que nos parece obvio lo es para la mayor parte de las criaturas de este mundo. Estar viva y despertarme cada mañana. Tener un techo, ducha caliente, comida cada día, una cama donde poder dormir tranquila sin miedo a que nadie me agreda, poder leer y escribir, recibir asistencia sanitaria cuando no me encuentro bien, tener una familia, alguien que me escuche, me espere y le importe que siga viva, alguien que me ame...

Estamos llamados a luchar para que se respete la dignidad inviolable de cada ser humano y devolverle lo que es suyo, ser hijos e hijas de Dios y creados a su imagen; a revestir sus vidas de derechos, libertad, oportunidades, palabra, sentido, identidad. Como dice **M. I. Rupnik** al comentar esta obra de misericordia, “el vestido tiene que ver con la identidad más profunda de la persona. Tan así que la desnudez es la pérdida de esa identidad y expresa su cercanía a la muerte”.

Revestir con el manto de la misericordia

Desde lejos no podemos arropar; para revestir de misericordia necesitamos estar cerca. Amar desde lejos es fácil, vestir desde lejos también, pero cuando la desnudez afecta a nuestras

vidas todo es distinto. Solo podemos arropar la desnudez del otro, abrazarlo en su fragilidad, estando cerca, con permiso del otro para entrar en su espacio de intimidad. El amor tiene que pasar por el crisol de la vida cotidiana para ser verdadero. La vida real, la de cada día, la de las personas que me encuentro cuando me levanto, es la que pone a prueba mi corazón misericordioso. Ese es el lugar concreto, difícil y apasionante en el que estamos llamados a cubrir al otro con el manto la misericordia.

Todos estamos llamados, como los misioneros de la misericordia enviados por el Papa en este año, a “ser testigos de la cercanía de Dios y de su forma de amar. No a nuestro modo, siempre limitado y a veces contradictorio, sino a su manera de amar y a su manera de perdonar que es, precisamente, la misericordia... Estamos llamados a actuar como **Sem y Jafet**, los hijos de **Noé**, que tomaron una manta para salvaguardar al propio padre de la vergüenza. Ser confesor, según el corazón de Cristo, equivale a cubrir al pecador con la manta de la misericordia”⁷.

Los misericordiosos, según **Bonhoeffer**, “sienten un amor irresistible por los pequeños, los enfermos, los desdichados, los humillados, por las víctimas de la violencia, por los que sufren y son excluidos injustamente, por todos aquellos que se angustian y apenan; y buscan a quienes incurrir en pecado y culpa. Ninguna aflicción es demasiado profunda, ningún pecado demasiado terrible, para que allí se haga presente la misericordia. Las personas misericordiosas regalan su propio honor a los deshonrados y

“Vosotras me vestisteis de amor”

Vosotras, con amor, cariño, respeto y dedicación, ayudasteis a una chica asustada a confiar en que podía llegar a ser quien hoy es. Cuando llegué aquí había sufrido mucho: traficada, explotada, humillada... Pero vosotras me vestisteis de amor; con amor, los obstáculos que parecían murallas se convirtieron en nada de nada, porque el amor derriba todas las murallas. Ahora empiezo a entender por qué personas como vosotras dejan casa, padre, madre, hermanos, por el amor del Señor nuestro Dios. Ahora lo entiendo, es para que chicas asustadas y maltratadas tengan la oportunidad de vivir y encontrar el amor de Dios.

María, transexual brasileña



LO QUE MÁS ABRIGA ES EL AMOR

echan sobre sí mismas la deshonra de estos. Cabe encontrarlas al lado de publicanos y pecadores y asumen de buen grado la ignominia de frecuentar su compañía... Solo conocen una dignidad y un honor: la misericordia de su Señor, lo único de lo que viven”⁸.

La relación, lugar de abrigo

No tener a nadie es la mayor intemperie. Una vez, una chica española de un entorno marginal que había decidido entrar en un club nos contó que se asustó mucho cuando decidió salir y no podía. Empezó entonces a recibir amenazas: si no haces esto o aquello, te podemos matar y nadie te echará de menos. Ella, rápidamente, consciente de que era su tabla de salvación, les dijo: “¡Me esperan! ¡Afuera tengo amigas que me esperan y, si no doy señales de vida, se preocuparán por mí!”. Al día siguiente, la dejaron marchar. Existir para alguien devuelve la vida. Ser esperado ayuda a soportar la existencia.

Estamos llamados a amar personalmente, no hay otro modo de amar. René Voillaume lo expresa con estas palabras: “Jesús os pide amar a algunos hombres desgraciados, a algunos pobres, a algunos enfermos, amarlos con amistad, tiernamente, como personas y no como casos que solventar... Cada uno es amado por Dios como un amigo íntimo y único... Dios no mira a los hombres de una ‘manera general’... Dios no sabe qué es el ‘hombre en general’. Para Él hay solo personas vivas y amadas y a quienes Él llama por su propio nombre”.

Acoger y recibir a cada persona como única, con todo su valor, su rostro, su nombre, su historia, su cultura... Así nos lo transmitía nuestra fundadora: “Que las chicas se sientan acogidas con gozo y gratitud por las hermanas que las aman y que miran su entrada en la casa como un tesoro”. Crear vínculos, ser familia de los que no la tienen. El mayor dolor que puede sentir una persona pobre, excluida, no está en su pobreza, sino en no tener amigos.

Todos necesitamos en algún momento de nuestra vida que alguien nos arrope y nos abraze en nuestra desnudez. Dejarse vestir es el principio y el final de nuestra vida:

“Otro te ceñirá y te llevará donde no quieres” (Jn 21, 18). En la fragilidad, en la debilidad, nos encontramos todos.

Unos a otros nos sostenemos. Dice Jean Vanier: “Hay momentos en los que tocamos la presencia de Dios en los más pequeños y débiles: ellos poseen el poder de curarnos, de cambiar completamente nuestros valores de eficacia y de ganancia. Es el poder de la vulnerabilidad. Cuando nos sentimos pequeños y necesitados de los otros y nos atrevemos a reconocerlo, descubrimos el cimiento del amor. La comunidad se construye sobre la debilidad de cada uno, que encuentra su fuerza en los demás. El cimiento de ese cuerpo que es la comunidad es la pequeñez y la vulnerabilidad, la propia y la de cada uno de los hermanos y hermanas, la de todos nosotros”.

¡Cuántas veces los pobres me han sostenido! ¡Cuántas me he



sentido enviada a anunciar la Buena Noticia, la liberación (Lc 4, 18ss), y ellas y ellos me han humanizado y evangelizado! Y ¡cuántas he salido a la calle, a la cárcel, al hospital... cansada, sin fuerzas, solo porque me sentía empujada a anunciar un mensaje que no es mío, y he vuelto renovada, fortalecida, resucitada! Recuerdo una mañana en el barrio chino de Valencia. Era temprano y tenía clase de teología, me había levantado triste, caminaba en tierras de penumbra; de lejos vislumbré por la calle a Fernando, sucio, lleno de heridas (también yo andaba herida), venía tambaleándose, seguramente no habría dormido en toda la noche, habría estado buscándose la vida y “poniéndose” (llevaba muchos años enganchado). Fernando estaba muy desquiciado, había pasado los últimos 15 años de su vida preso. Parecía que no me veía (yo estaba segura de que no me veía); de repente, se acercó a mí, cogió con sus manos mi cara y me besó la frente: “¡No quiero verte así!”, me dijo, y siguió dando tumbos por la calle... ¡Dios ha salido a mi encuentro en tantos momentos a través de ellos!

UNA COMUNIDAD DE AMOR Y MISERICORDIA

Revestíos del Señor Jesucristo.

(Rm 13, 14)

Revestíos con entrañas de misericordia, con bondad, con humildad, con mansedumbre, con paciencia (...). Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, (...) sobre todo revestíos con la caridad que es el vínculo de la perfección.

(Col 3, 12-14)

“Me he sentido totalmente desnuda”

En muchísimos momentos de mi vida me he sentido desprotegida, ya no solo desarropada, sino totalmente desnuda. Me he sentido así porque no tenía nada ni a nadie. Mientras ejercía la prostitución (han sido los peores años de mi vida, peor que cuando estuve en la cárcel), la mirada de los clientes me daba muchísimo asco, me repugnaba. Me sentía sucia, como si con su mirada estuviesen robando mi intimidad, quitándome la vida. Superar eso, o poder vivirlo todos los días, era muy difícil, así que empecé a drogarme. Sé que me metía en un callejón sin salida, y que mi vida caería en picado, pero por lo menos me evadía y dejaba de sentirme sucia; bueno, más bien, dejaba de sentir. En un momento de mi vida, entré en una iglesia y le dije: “Dios mío, sácame de este pozo en el que estoy metida. Sé que Tú puedes ayudarme, eres el único que puede ayudarme”.

Ana, española

Una mujer arropadora⁹

Tenía el corazón encendido y atentos los oídos, mientras servía a los niños tuberculosos del hospital. “¿De quién eran aquellos gritos?”, se preguntaba **Isabel**. Aquel clamor se clavaba en su corazón. “¿Quiénes son?”, preguntó. “Son unas mujeres malas”, fue la respuesta. Descubrió, entonces, que había un pabellón cerrado bajo llave, sin relación con el exterior, en el que estaban las mujeres enfermas de sífilis –prostitutas muchas de ellas– esperando la muerte, porque no tenían curación (aún no existía la penicilina). Enseguida pensó para sus adentros: “Quiero visitarlas”. Y después de muchas negativas, por su insistencia consiguió que le abrieran la puerta. Al cruzar el umbral se encontró con una realidad desoladora: enfermedad, soledad, desilusión, abandono, desamor en definitiva. Isabel se acercó, las miró con cariño y les dijo: “Me gustaría ser amiga vuestra”. Aquellas mujeres la recibieron sorprendidas, su presencia irradiaba algo nuevo, tenía entrañas de misericordia y llevaba entre sus manos la frescura del Evangelio.

Así inició su relación con las primeras “chicas”, una relación de amistad, de cercanía, de encuentro, que fue transformando su vida. Traspasó el umbral de la puerta y, con él, el umbral de sus seguridades y proyectos, para imbuirse del plan de Dios. De este modo, se inició un camino de búsqueda, de descenso. En 1942, en Pamplona, criticada e incomprensida por su entorno social, pero fuertemente sostenida por el Espíritu, comienza Isabel Garbayo su andadura; y abre la primera Villa Teresita, el primer hogar, un lugar de esperanza para los últimos y pequeños, una comunidad de mujeres consagradas a Dios y a los más pobres.

Ser familia, crear hogar

El amor es nuestra vocación. Nuestras comunidades, convocadas por Jesús, son pequeños hogares en los que compartimos vida, mesa y amistad con mujeres en situación de exclusión y con sus hijos. Como Jesús Buen Pastor y Buen Samaritano, salimos a los caminos para anunciar y hacer vida el Evangelio en medio de los pobres, especialmente en el mundo de la prostitución y las mujeres víctimas de la trata.

Este doble movimiento forma parte de nuestro carisma y se vive en todas nuestras comunidades. Hacia adentro: estando en acogida permanente, abiertas al que llega, a quien llama a la puerta o al teléfono; creando espacio de vida y de respiro, que ayude a ponerse de pie de nuevo, a recuperar la vida y la esperanza... Hacia afuera: saliendo al encuentro de las mujeres allí donde estén (calles, descampados, polígonos, bares, CIE, hospitales, cárcel...), adentrándonos por los caminos donde yacen aquellas que quedaron tiradas en la cuneta de la historia.

Desde ellas, desde abajo, queremos ser para todos los pobres y excluidos rostro del Dios del Amor y la Misericordia.

Junto con los pobres, y también junto con laicos y voluntarios con los que compartimos misión y carisma, formamos la familia Villa Teresita.

Como Jesús Buen Pastor¹⁰

Cada día, desde la oración, somos enviadas a las calles para ser testimonio y anuncio de su Amor

con nuestras pequeñas vidas (cf. Lc 4, 18-19). La Eucaristía es el centro de nuestra jornada. Su muerte y resurrección actualizan el triunfo de la Vida de tantos sufrientes y pobres de nuestro mundo. Alimentadas por su Amor y comulgando con Él, también nosotras nos convertimos en alimento y vida para otros. Su Amor nos invita a descender sabiéndonos hermanas, nos lleva a salir como Jesús y con Jesús a los caminos para poder encontrarnos con los pobres: como **Teresa**, que acaba de salir de prisión y está desorientada, sin saber a dónde ir; **Paqui**, anciana sola y sin familia; **Mary**, que ha salido de una relación de malos tratos y lucha para abrirse caminos de futuro con sus niñas; **Sandra**, inmigrante “sin papeles”, que mientras esperamos en la cola de extranjería, afirma con fuerza: “Solo Él nos salva de la desesperación”; **Jeny**, encerrada en el CIE y necesitada de apoyo para luchar por sus derechos y que no la deporten a su país, donde está amenazada de muerte; **María**, sentada en el parque cansada de ejercer la prostitución:

“Me lo habéis dado todo”

Para mí, vestir al desnudo significa que, en esta casa, me lo habéis dado todo: cariño, ánimo, comprensión. Gracias a que os tengo. Cuando vengo aquí, siempre me acogéis y me recibís como soy y como vengo. Llevo muchos años viviendo en la calle, enganchado, y me habéis apoyado muchas veces para salir de la droga. Vosotras sois mi familia, y aceptarme como soy, eso significa para mí vestir al desnudo. Algo que he notado es que vosotras, cuando veis a una persona mal vestida, a un indigente –por llamarlo así–, no lo rehuís; al contrario, os acercáis a él para darle consejo y que empiece una nueva vida.

Nano, español



“¡Hay que aguantar tanto en esta vida!”; Joe y su bebé, que acaba de llegar a la casa, sin nada, con el deseo de salir de su postración; Blessing y Gladis, rescatadas de una red de trata, que llegan a nuestra casa sin ropa, sin hablar castellano y llenas de miedo por las amenazas de la mafia y que nos dicen mientras las acogemos: “Dios no nos abandona, todos los días rezábamos para poder salir de este infierno y Él nos ha escuchado... Hoy nos ha traído hasta aquí, con vosotras”.

Durante todo el día estamos en contacto directo con el cuerpo de Jesús (cf. Mt 25, 31-46), porque, en fragilidad y pequeñez, el Reino avanza: ciegos que ven, cojos que andan, enfermos que son visitados, hambrientos que comen, desnudos que son vestidos, ¡pobres que experimentan la Buena Noticia! Joy, Toni, Rita, Mary, Jose, Cintia... ¡Somos testigos de tantos procesos de Resurrección!

“SACAD LA MEJOR TÚNICA”. DEJAR QUE DIOS NOS ARROPE

*El Señor me hace desbordar de gozo,
y mi Dios me colma de alegría,
porque me ha vestido un traje de
liberación, y me ha cubierto con un
manto de salvación, como novio
que se pone la corona o novia
que se adorna con sus joyas.*

(Is 61, 10)

*Yo pasé junto a ti y te vi; estabas
ya en la edad del amor; extendí
mi manto sobre ti y cubrí tu
desnudez; me uní a ti con
juramento, hice alianza contigo,
oráculo del Señor, y fuiste mía.*

(Ez 16, 8)

Dios nos arropa con su Amor. Somos suyos, Él es nuestro hogar. Dios nos reviste a cada uno con la túnica del hijo amado, hace fiesta por nosotros, especialmente por aquellos que son más pobres, ninguneados, últimos... y se alegra. “No porque se hayan solucionado los problemas del mundo, no porque se hayan acabado la tristeza y el sufrimiento humano, no porque miles de personas se hayan convertido y estén ahora dando gracias por su bondad. No, Dios se alegra porque uno de sus hijos que había sido perdido ha sido encontrado... Es la alegría que viene

de ver al hijo caminar hacia casa en medio de toda la destrucción, de la desolación y la angustia del mundo”¹¹.

En nuestra comunidad nos gusta hacer fiesta y celebrar los signos de vida y esperanza que emergen en nuestro discurrir cotidiano, como una comida compartida. Las comidas en casa son como una parábola del Reino; cada día nos sentamos como familia, mujeres y niños de distintos países (Brasil, Colombia, Rumanía, Nigeria, Marruecos...), todos con heridas profundas, pero con deseos de levantarse de nuevo. Una mirada que se ilumina después de mucho tiempo de oscuridad, empadronarse siendo inmigrante irregular (“¡ya existo!”) y lograr “los papeles”, sonreír sin vergüenza porque ya se tiene dentadura, ser capaz de salir a la calle sin miedo, conseguir unas horas de trabajo, dejarse abrazar por primera vez por un amor gratuito e incondicional, celebrar un cumpleaños (“ha sido el mejor de mi vida”, nos dicen tantas veces), una vida que empieza a confiar por primera vez, como la de Lara: “Sé que Dios me quiere, empiezo a creerlo, por primera vez tengo familia, por primera vez empiezan a pasarme a mi vida cosas buenas...”.

Ser amados es nuestro anhelo más hondo, nuestra identidad más íntima. “Como Amado de mi Padre celestial, ‘aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré’ (Sal 23, 4). Como Amado, puedo curar a los enfermos, resucitar a los muertos, limpiar a los leprosos, arrojar a los demonios (Mt 10, 8). Habiendo ‘recibido gratis’, puedo ‘dar gratis’. Como Amado, puedo enfrentarme a cualquier cosa, consolar, amonestar, animar sin miedo a ser rechazado y sin necesidad de afirmación. Como el Amado, puedo sufrir persecución sin sentir deseos de venganza y recibir alabanzas sin tener que utilizarlas

1. Papa Francisco, *Misericordiae vultus. Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia*, n. 15.

2. *Ibid.*

3. P. Ángel, *Vestir al desnudo*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2015, p. 19.

4. I. Dimbier en VV.AA., *Diálogos sobre pastoral con jóvenes*, CCS, Madrid, 2016, p. 52

5. Walter Kasper, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander, 2012, p. 141.

6. Himno II de Vísperas. Textos comunes para la Semana Santa.

7. Papa Francisco, *Discurso en su encuentro con los misioneros de la misericordia* (9 de febrero de 2016)

8. Walter Kasper, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander, 2012, p. 136.

9. Así definió a nuestra fundadora, Isabel Garbayo, un chico toxicómano que estaba en Proyecto Hombre y que la conoció en Pamplona siendo ya una abuelita: “Entrabas allí donde estaba ella y sentías que te acogía, que te miraba con cariño, sin prejuicios, que te arropaba con su presencia”.

10. Nuestro nombre es Auxiliares del Buen Pastor y se nos conoce familiarmente como Villa Teresita. Ese fue el nombre de la primera comunidad y casa-hogar. De santa Teresita del Niño Jesús recibimos la espiritualidad de la pequeñez, la confianza y el abandono.

11. Henri J. M. Nouwen, *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, PPC, Madrid, 1992, p. 122.

12. *Ibid.*, 42.

como pruebas de mi bondad. Como el Amado, puedo ser torturado y asesinado sin tener ninguna duda de que el amor que se me da es más fuerte que la muerte. Como el Amado, soy libre para dar y libre para recibir, libre incluso para morir al tiempo que doy la vida. Jesús me hizo ver claro que yo también puedo escuchar la misma voz que el escuchó en el río Jordán y en el Monte Tabor. Me hizo ver claro que yo, lo mismo que Él, tengo mi casa junto al Padre”¹².

El amor es el mejor abrigo.

Su Amor, lo que más abraza. ●

